

JUNIO 2022

TENGO SED DE DIOS

EDICIÓN Nº 13

POSTRADO A TUS PIES
Oración eucarística a San José

REFLEXIONES ANTE EL SANTÍSIMO
El Corpus Christi

ALMAS EUCARÍSTICAS
Santo Tomás de Cori

“La procesión del Corpus Christi es una bendición grande y pública para nuestra ciudad. Pidamos a Cristo que nos ayude a abrir nuestro ser a su presencia eucarística”. (Benedicto XVI)



SUMARIO

- P. RODRIGO MOLINA,
UN ENAMORADO DE LA EUCARISTÍA
La Eucaristía, signo de Unidad..... 3

- POSTRADO A TUS PIES
Oración Eucarística a San José..... 4

- DOCTRINA SOBRE EL
SACRAMENTO DEL AMOR
La Comunión Espiritual..... 5

- EVANGELIO, PAN DE VIDA
“Vino a su casa y los suyos no lo recibieron” 6

- REFLEXIONES ANTE EL SANTÍSIMO
El Corpus Christi..... 8

- MARÍA Y LA EUCARISTÍA
La Virgen, el Santísimo Sacramento y el alma
eucarística..... 10

- ALMAS EUCARÍSTICAS
Santo Tomás de Cori..... 12

- MILAGROS, PRODIGIOS Y GRACIAS
El triunfo del Amor Eucarístico en una
sinagoga judía..... 14

La Eucaristía, SIGNO DE UNIDAD

«**D**irige tu mirada sobre la ofrenda de tu Iglesia y reconoce en ella la Víctima por cuya inmolación quisiste devolvernos tu amistad para que, fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu...». (Misal Romano)

El gran Misterio que la Iglesia celebra en la solemnidad del Corpus Christi –la presencia real de nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad–, se concreta en una hermosa palabra: UNIDAD.

La Eucaristía es signo de UNIDAD.

Dirá el P. Molina:

«Unidad que se traduce en esta obra gigante de la humildad de Dios que es la Encarnación hecha Pan en la Eucaristía. Eucaristía que es convertir la multiplicidad desordenada, es decir, pecaminosa, egoísta, rebelde del hombre en y a la UNIDAD del UNO que es Dios. En la Eucaristía, com-

prendemos la desmesura del deseo de hacernos bien del Amor de Dios que nos persigue.

Las familias y comunidades religiosas deben ser una escuela donde enseñen a entregarse del todo para poder vivir la unidad. Eso es lo que tenemos que enseñar. A entregarnos del todo. Conseguir hacer esto en mí, es convertirme en Jesús Eucarístico, es convertirme en pan y vino, símbolos del servicio mejor y total... El pan y el vino solo existen para ser comidos y bebidos. Yo, en la comunidad, solo debo existir para que me coman y me beban. Y no rechistar. ¿Lo hacemos así? Queridos hermanos, ¿lo hacemos así?... Por eso la Eucaristía es modelo de unidad, es el gran modelo de unidad. Eso debo ser yo, pan bendito que todos me quieran comer y yo sin rechistar.

Pero necesitamos primero unirnos mucho a Dios porque, si permito actuar al Espíritu Santo, Él irá aumentando en mí mi capacidad de entrega, hasta quedar hecho capaz de dar al hermano mi máxima riqueza, no mis cosas, mi vida».



Oración a San José

PARA RECIBIR LA SAGRADA COMUNIÓN



San José, el padre virginal de Jesús, es el maestro de la vida interior.

Él fue el testigo privilegiado de la primera procesión del Corpus Christi de la historia: aquellos nueve meses en que Santa María llevó en su seno inmaculado al Dios hecho hombre. María fue la primera custodia de la historia y San José, su primer adorador.

San José, que acogió al Dios hecho hombre en su hogar y le dedicó todos los momentos de su jornada diaria con inmenso amor, es quien –junto con la Santísima Virgen– mejor puede enseñarnos a comulgar con devoción. Por eso le rogamos:

«San José, tú que llevaste en tus brazos a Jesús, haz que también yo lo arrope en mi corazón cuando reciba su Cuerpo, su Sangre, su Alma y su Divinidad en la Santa Eucaristía, con tu mismo amor, respeto, adoración y delicadeza. Amén».

La Comunión Espiritual

En su Carta Encíclica de 2003, *Ecclesia de Eucaristía*, el Santo Padre Juan Pablo II ofrece una instrucción hermosa sobre la Eucaristía como el centro de nuestras vidas en Cristo. Nos recuerda lo importante que es incentivar el deseo constante de recibir el Sacramento de la Eucaristía mediante la “comunión espiritual”. Explica que esta es una práctica de hace siglos en la Iglesia y recomendada por los santos y maestros de vida espiritual. Hacer un Acto de Comunión Espiritual es una fuente de gracia.



La comunión espiritual consiste en un deseo intenso y una petición fervorosa de que Jesucristo venga a nuestro corazón.

Se diferencia de la Comunión Sacramental en que, en esta última, Jesús viene en forma visible bajo las apariencias de pan en la Sagrada Eucaristía, mientras que en la Comunión Espiritual su visita es invisible. También, que la comunión Sacramental no se puede recibir muchas veces cada día y, en cambio, la Comunión Espiritual se puede hacer a cualquier hora, desde cualquier sitio y cuantas veces lo desee la persona.

Para hacer con fruto la comunión espiritual, se recomienda: Primero, pedir

perdón a Nuestro Señor por las ofensas que le hemos hecho. Luego, suplicarle con viva fe y humildad que quiera venir a nuestra alma, a pesar de lo manchada e indigna que es. Decirle que necesitamos su visita porque somos débiles, llenos de flaqueza y miserias, y atacados por terribles enemigos espirituales. Que se digne traernos sus ayudas y gracias espirituales y venir a fortalecernos en nuestras luchas... Después de la Comunión Espiritual, debemos darle gracias al buen Jesús por esa visita que tan generosamente nos hace. Él nunca llega con las manos vacías.

No hay fórmulas establecidas. Lo importante es hacer consciente este deseo de recibir a Jesús y que Él sea aliento de vida coti-

diana. En este sentido, hay muchas oraciones que pueden ayudar a poner palabras a este deseo interior como, por ejemplo, la siguiente:

“Jesús mío, creo firmemente que estás en el Santísimo Sacramento del altar. Te adoro sobre todas las cosas. Te amo con todo mi corazón. Deseo que vengas a mi corazón, pero, ya que no puedo recibirte ahora sacramentalmente, te pido que vengas espiritualmente a mi alma (breve pausa). Te agradezco profundamente tu visita y te suplico que no permitas que jamás me aparte de Ti. Ven, Señor, Jesús. Padre Eterno, te ofrezco la Sangre preciosísima de Jesucristo en expiación de mis pecados y por las necesidades de la Santa Iglesia y la conversión de los pecadores. Amén”.

“Vino a su casa... y los suyos no lo recibieron”

Cada solemnidad del Corpus Christi, Jesús sacramentado desea recorrer nuestras calles, encontrarse con nosotros y, ¿por qué no?, entrar en nuestros hogares. Desgraciadamente, nosotros, sus hijos, no lo recibimos. ¡Tenemos tantas cosas que hacer! Olvidamos que lo más importante para nuestra vida y nuestra eternidad es el encuentro con Dios. San Manuel González nos invita a reflexionar:

«*Vino a su casa y los suyos no lo recibieron*” (Jn 1,11).

De las palabras del evangelista he deducido que una de las ocupaciones del Corazón de Jesús en el Sagrario es esperar que los suyos le dejen entrar.

Yo os invito a que os detengáis un momento en esas palabras.

¿Cuáles son esas posesiones a que vino el Verbo hecho carne? Son la tierra. «*Del Señor es la tierra y su plenitud... y todos los que la habitan*».

Posesiones tuyas son, pues, todos los pueblos de la tierra y todas las casas de esos pueblos y todos los moradores de esas casas. Todo eso es Casa del Señor. Los demás “amos” de la tierra, más que dueños, son inquilinos de Dios.



Y quiso Dios, lleno de bondad, de generosa delicadeza, visitar a sus inquilinos de la tierra. ¡Tenía tantas ganas de estar cerca de ellos! ¡Les hacía tanta falta esa visita! ¡Entre el demonio y el pecado los habían dejado tan desastrosamente perdidos y arruinados!

Y el que era Señor y Dominador universal se hizo Peregrino del Amor y se puso a llamar a las puertas de las casas de la tierra...

¡Qué pena, Dios mío, que después de ese delicioso «*Vino a los suyos*» haya tenido que escribir el evangelista el tristísimo, el desolador «*y los suyos no lo recibieron*»!

El Peregrino del Amor se puso primero a llamar a las puertas del pueblo donde se dignó nacer como Hombre y dice el evangelista que para Él no había sitio. Y desde esa primera puerta que no lo deja entrar, ¡cuántas se le cierran en su vida mortal y de Sagrario!

De cuántas asambleas, escuelas y hogares, desde entonces hasta ahora, se ha podido escribir como de la posada de Belén: ¡No hay sitio para Jesucristo! Desde entonces hasta ahora, ¡cuántos hombres se pasan la vida escribiendo en la puerta de sus almas con sus obras -y muchos hasta con sus palabras- ese: ¡No hay sitio!

Y ¡si eso lo hicieran solo los que no lo conocen!

Pero, Jesús mío, Peregrino del Amor desairado, ¿tan abiertas te tenemos las puertas los que te conocemos y los que sabemos que estás llamando? ¡Yo también te he hecho pasar días enteros y noches muy largas llamando a mis puertas sin dejarte pasar...!

También mi Ángel de la guarda ha tenido que escribir con tintas de lágrimas, en el libro de mi vida: “Fue a él Jesús y no lo recibió...”.

Otras veces lo dejamos entrar, pero sin atrevernos a abrirle de par en par las puertas, ni a dejarlo andar por toda la casa. Por el postigo de nuestra tacañería lo dejamos entrar, tememos que visite todo nuestro corazón, todo nuestro pensamiento, toda nuestra sensibilidad...

Podemos decir que todo Jesucristo ha entrado en nuestra alma, pero no en toda nuestra alma. ¡Le reservamos rincones...! ¡Rincones de sensualidades no mortificadas, de caprichos no vencidos, de intenciones no rectas, de aficiones no ordenadas...! No nos atrevemos a desalojarlos de las miserias que los llenan, ni a ofender los ojos del buen Visitante llevándolo a que las vea.

Y mientras, Él, encerrado en el Sagrario, sin cansarse y sin protestar y con el oído alerta por si vienen, se pasa el día y la noche esperando a los suyos...

Y cuando siente pasos y oye

murmillos cercanos, ¡con qué presteza y con qué olvido de las malas noches y de los malos días manda abrir la puerta que lo aprisiona y se entra dentro del alma a cuya puerta tanto tiempo llamó...!

Señor, Señor, ¿qué clase de amor es este amor tuyo que se pasa la vida en esperar que lo dejen entrar y que, cuando ha entrado, no se ocupa más que en temer que lo echen fuera...? ¡Sus hijos...!

Señor, Señor, ¿y qué clase de amor es este que se estila entre los hombres, que no se ocupa más que en cerrarte las puertas para que no entres o echarte a la calle cuando has entrado...?

¡Señor, Señor...! Tú, que has permitido que a tus Sagrarios de la tierra pongan llave para que tus ‘Judas’ de siempre no roben los copones que te guardan Sacramentado, ¿no tendrás una llave para mi corazón, tan codiciado de pasiones ladronas, que solo Tú pudieras manejar?

¡Madre Inmaculada, ayuda con tu protección y valimiento a forjar una llave de durísimo acero de lealtad y fidelidad al solo servicio del Jesús de mi Comunión...! ¡Que Él solo abra y cierre...!».

¡Que en esta solemnidad del Corpus Christi recibamos así a Jesús Sacramentado!

El Peregrino del Amor se puso a llamar a las puertas del pueblo donde se dignó nacer como Hombre y dice el evangelista que para Él no había sitio. Y desde esa primera puerta que no lo deja entrar, ¡cuántas se le cierran en su vida mortal y de Sagrario!

El Corpus Christi



«**C**elebramos esta gran Solemnidad en honor del misterio eucarístico. En ella, se unen la liturgia y la piedad popular que no han ahorrado ingenio y belleza para cantar al Amor de los amores. Para este día, Santo Tomás compuso esos bellísimos textos de la Misa y del Oficio divino. Hoy debemos dar muchas gracias al Señor por haberse quedado entre nosotros, desagraciarle y mostrarle nuestra alegría por tenerlo tan cerca: “te adoro con devoción, Dios Escondido” ..., le diremos hoy muchas veces en la intimidad de nuestro corazón.

Entre las devociones y formas de culto, merece una mención particular la solemnidad del Corpus Christi como acto público tributado a Cristo presente en la Eucaristía.

Especialmente el día de hoy

ha de estar lleno de actos de fe y de amor a Jesús sacramentado.

Si asistimos a la procesión acompañando a Jesús, lo haremos como aquel pueblo sencillo que, lleno de alegría, iba detrás del Maestro en los días de su vida en la tierra, manifestándole con naturalidad sus múltiples necesidades y dolencias; también la dicha y el gozo de estar con Él. Si le vemos pasar por la calle, expuesto en la Custodia, le haremos saber desde la intimidad de nuestro corazón lo mucho que representa para nosotros... «Adoradle con reverencia y con devoción; renovad en su presencia el ofrecimiento sincero de vuestro amor; decidle sin miedo que le queréis; agradecedle esta prueba diaria de misericordia tan llena de ternura, y fomentad el deseo de acercarnos a comulgar con confianza. Yo me pasmo ante este misterio de Amor: el Señor busca

mi pobre corazón como trono, para no abandonarme si yo no me aparto de Él». En ese trono de nuestro corazón, Jesús está más alegre que en la Custodia más espléndida.

Aunque celebramos una vez al año esta fiesta, en realidad la Iglesia proclama cada día esta dichosísima verdad: Él se nos da diariamente como alimento y se queda en nuestros Sagrarios para ser la fortaleza y la esperanza de una vida nueva, sin fin y sin término. Es un misterio siempre vivo y actual.

Señor, gracias por haberte quedado. ¿Qué hubiera sido de nosotros sin Ti? ¿Dónde íbamos a ir a restaurar fuerzas, a pedir alivio? ¿Qué fácil nos haces el camino desde el Sagrario!

Un día que Jesús dejaba ya la ciudad de Jericó para proseguir su camino hacia Jerusalén,



pasó cerca de un ciego que pedía limosna junto al camino. Y éste, al oír el ruido de la pequeña comitiva que acompañaba al Maestro, preguntó qué era aquello. Y quienes le rodeaban le contestaron: “*Es Jesús de Nazaret que pasa*”.

Si hoy, en tantas ciudades y aldeas donde se tiene esa antiquísima costumbre de llevar en procesión a Jesús Sacramentado, alguien preguntara al oír también el rumor de las gentes: “¿qué es?”, “¿qué ocurre?”, se le podría contestar con las mismas palabras que le dijeron a Bartimeo: “*Es Jesús de Nazaret que pasa*”. Es Él mismo, que recorre las calles recibiendo el homenaje de nuestra fe y de nuestro amor. ¡Es Él mismo! Y, como a Bartimeo, también se nos debería encender el corazón para gritar: “*¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí!*”. Y el Señor, que pasa bendiciendo y haciendo el bien, tendrá com-

pasión de nuestra ceguera y de tantos males como a veces pesan en el alma. Porque la fiesta que hoy celebramos, con una exuberancia de fe y de amor, quiere romper el silencio misterioso que circunda a la Eucaristía y tributarle un triunfo que sobrepasa el muro de las iglesias para invadir las calles de las ciudades e infundir en toda comunidad humana el sentido y la alegría de la presencia de Cristo, silencioso y vivo acompañante del hombre peregrino por los senderos del tiempo y de la tierra. Y esto nos llena el corazón de alegría. Es lógico que los cantos que acompañen a Jesús Sacramentado, especialmente este día, sean cantos de adoración, de amor, de gozo profundo. Cantemos al Amor de los amores, cantemos al Señor; Dios está aquí, venid, adoremos a Cristo Redentor... Pange, lingua, gloriosi... Canta, lengua, el misterio del glorioso Cuerpo de Cristo...

La procesión solemne que se celebra en tantos pueblos y ciudades de tradición cristiana es de origen muy antiguo y es expresión con la que el pueblo cristiano da testimonio público de su piedad hacia el Santísimo Sacramento. En este día, el Señor toma posesión de nuestras calles y plazas que la piedad alfombra en muchos lugares con flores y ramos; para esta fiesta, se proyectaron magníficas Custodias que se hacen más ricas cuanto más cerca de la Forma consagrada están los elementos decorativos. Muchos serán los cristianos que hoy acompañen en procesión al Señor, que sale al paso de los que quieren verle, haciéndose el encontradizo con los que no le buscan. Jesús aparece así, una vez más, en medio de los suyos: ¿cómo reaccionamos ante esa llamada del Maestro?».

(Del libro “Hablar con Dios”)



La Virgen, el Santísimo Sacramento

Y EL ALMA EUCARÍSTICA

Pensar en la divina Eucaristía y no pensar en la Virgen es imposible. Pensar en la Virgen y no recordar al alma eucarística no se puede imaginar. Pues, si hay una verdad que llena de alegría y dulce esperanza nuestro corazón, es aquella que San Agustín expresa con estas hermosas palabras: «La carne de Cristo es la carne de María, y la misma carne de María nos es dada en comida para nuestra salud».

La Iglesia nos lo recuerda en los himnos eucarísticos: «dado a nosotros y para nosotros, nacido de la Virgen Pura», «te saludo, o verdadero Cuerpo, nacido de María Virgen... Oh Jesús piadoso, oh Jesús hijo de María...». Gustamos en la mesa eucarística el «fruto bendito del seno de María».

María es el Trono, Jesús es el Rey y el alma lo recibe y adora. María es el Altar, Jesús es la Víctima y el alma la ofrece y la consume. María es la Ovejita, Jesús es el Cordero de Dios y el alma lo acaricia y lo lleva en su corazón. María es la fuente, Jesús es el agua y el alma la bebe y apaga su sed. María es la colmena, Jesús es la miel y el alma la toma en su boca y la gusta. María es la vid, Jesús el racimo

que, exprimido y consagrado, es el Cáliz que nosotros bebemos. María es la espiga, Jesús es el grano que, sacramentado sobre el altar, nosotros comemos...

Toda la vida de la Santísima Virgen podemos considerarla en tres períodos o momentos: antes de la Encarnación, en la Encarnación y después de la Encarnación. En tres períodos o momentos podemos también considerar toda la vida del alma eucarística: antes de la Comunión, en la Comunión y después de la Comunión.

Lo que es una planta antes que produzca la flor y madure el fruto, eso mismo fue la Santísima Virgen antes de la Encarnación... La preparaba Dios, enriqueciéndola de gracias, de dones

y privilegios, y Ella misma sin saberlo se disponía para la Divina Maternidad...

Era Inmaculada, toda pura, toda hermosa, toda Santa. Y, sin embargo, nadie como Ella se rodea de caute- las, de modestia y recato... Todas las virtudes brotan en su corazón, o por mejor decir, su corazón es el mo- delo de todas las virtudes... Su belleza era la pureza; su fuerza, la humildad; su vida, la caridad.

Vengamos ahora al alma... Si eres verdadera- mente eucarística, como hemos explicado, tu vida deberá hacer una prepara- ción de fidelidad y corres- pondencia a la gracia, una preparación de humildad de pobreza y de santidad.

Qué diremos ahora de la Virgen Santísima en el mo- mento de la Encarnación: *“Bendita tú entre las muje- res y bendito el fruto de tu vientre”*. Solamente la len- gua de nuestra dulcísima Madre es digna de cantar el éxtasis en que su alma que- dó sumida y Ella, en efecto, lo ha cantado: *“Mi alma glo- rifica al Señor y mi espíritu está transportado de gozo en Dios, Salvador mío, por- que ha puesto los ojos en la humildad de su Esclava...”*.

Jesucristo fue formado en la virginidad de María, por su virginidad apareció en el mundo y por su vir- ginidad fue la primera vez

adorado. Fueron los ojos de María los primeros en con- templar, sus manos las primeras en tocarlo y sus la- bios los primeros en besar- lo, como fueron los prime- ros su mente y su corazón en reconocerlo y adorarlo.

Te lo ruego encarecida- mente (alma eucarística), en aquel momento dichoso en que tu boca y tu cora- zón se abren para recibir al Hijo de María sacramen- tado, en ese momento feliz no pienses en nada, olvídate de todo. Una palabra sola ocupe tu mente, tu boca y tu corazón y sea esta la pa- labra de María: *“He aquí la Esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”*. Y en unión de la Madre celestial, y como Ella, can- ta: *“Proclama mi alma la grandeza del Señor”*.

Qué decir de la Virgen Santísima, considerada en el último período de su vida. Si en el primero fue toda para Jesús, si en el segundo fue toda en Jesús, en el ter- cero fue siempre con Jesús. En Belén y en Nazareth, en Egipto y en Jerusalén, en Galilea y en Judea... junto a la cruz del Hijo crucificado.

Oh alma enamorada de Jesús, así debes ser. Antes de la Comunión, ser toda de Jesús. En la Comunión, estar toda con Jesús. Y des- pués de la Comunión, per- manecer siempre y en todas partes con Jesús.



Antes de la Encarnación

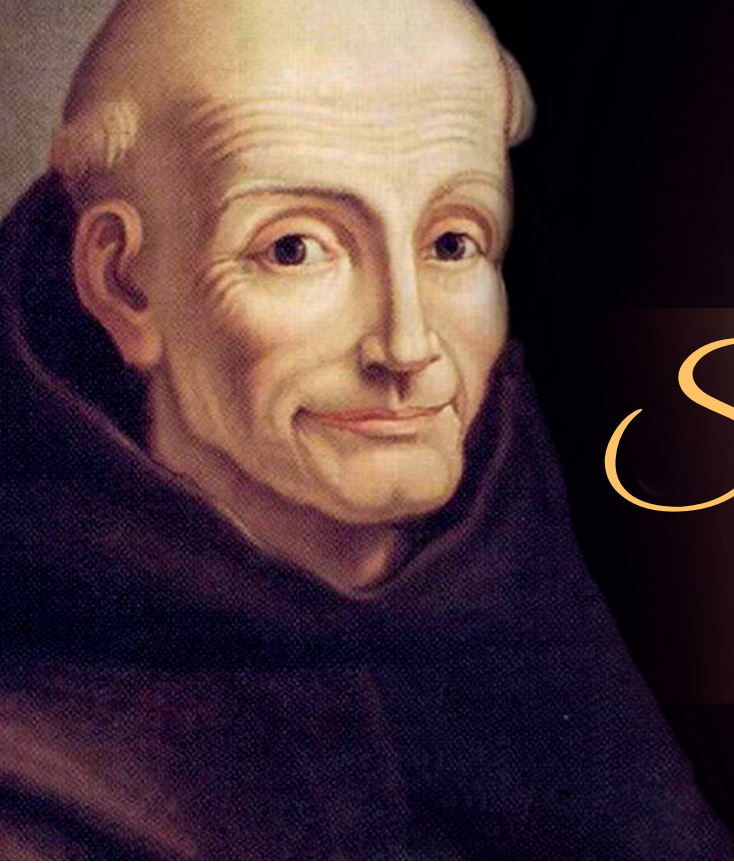


En la Encarnación



Después de la Encarnación

Dulce Madre de la Eucaristía, ayúdanos a vivir en gracia de Dios, siempre preparados para recibir a Jesús en nuestro corazón.



Santo Tomás de Cori

Tomás nació en Cori (Italia), el 4 de junio de 1655. A los catorce años quedó huérfano de padre y madre, por lo que quedó a cargo de sus dos hermanas menores. A fin de asegurarles la manutención y el bienestar, el pequeño Tomás se dedicó al pastoreo. “El santito”, como cariñosamente lo llamaban sus vecinos, en sus largas horas de soledad en el campo aprendió a ver a Dios en las cosas sencillas y, sobre todo, en la naturaleza. El alma ingeniosa y transparente de Tomás empezó a elevarse a Dios en oración, día a día, desde los primeros rayos del alba. Trabajar, para el joven pastor, era también orar.

Algún tiempo después Tomás entró en contacto con los franciscanos del pueblo. Rápidamente quedó fascinado con su testimonio de caridad. Empezó

a preguntarse si Dios lo llamaría también a él a ser un discípulo de San Francisco. Aquella incipiente inquietud vocacional empezó a crecer en su corazón cada vez más, sin embargo, no pidió el ingreso a la Orden hasta que sus dos hermanas tuvieron edad suficiente para casarse. Muy feliz quedó cuando ambas contrajeron matrimonio y formaron sus propias familias. Sintió como que Dios le daba el último “empujoncito” para que le entregara su vida definitivamente. Una vez que fue aceptado como novicio, le enviaron a Orvieto a estudiar teología. Fue en esa ciudad donde lo ordenaron sacerdote en 1683 y, no mucho después, nombrado maestro de novicios.

Hacia finales del s. XVII, los franciscanos se habían expandido por todo el mundo; sin embargo, no todos los frailes vivían con

fervor su vocación y muchos habían perdido el espíritu inicial de San Francisco en torno a la importancia de la oración. Por esos días, desde algunos conventos se inició una renovación que acentuaba la vida espiritual y el espíritu de pobreza. Tomás entonces pidió irse a vivir a uno de estos conventos franciscanos, ubicado en Bellegra. Allí redactó un conjunto de estatutos para mejorar la formación de los religiosos y para normar adecuadamente la vida de los conventos en los que se instauraba la renovación. A estos conventos se les denominó “conventos de retiro” o conventos de franciscanos eremitas.

La Orden reunida en Capítulo General en Murcia (España) generalizaría la normativa hecha por Tomás de Cori para todos los conventos franciscanos de ese estilo en el mundo.

La creciente fama de santidad de Tomás suscitó que muchos religiosos y laicos acudieran a él para pedir consejo o dirección espiritual.

Sus largos años, transcurridos en Bellegra, se pueden resumir en tres puntos:

ORACIÓN

Santo Tomás de Cori fue seguramente, como se ha dicho de San Francisco, no tanto un hombre que oraba, como un hombre hecho oración. Esta dimensión animó toda la vida del Fundador del Retiro. El aspecto más evidente de su vida espiritual fue, sin duda, la centralidad de la Eucaristía, testimoniada por Tomás en la celebración eucarística, intensa y participada, y en la oración silenciosa de adoración en las largas noches de Retiro después del Oficio divino celebrado a medianoche. Su vida de oración estuvo marcada por una aridez persistente de espíritu. La ausencia total de una consolación sensible en la oración y en su vida de unión con Dios, se prolongaría durante más de cuarenta años.

EVANGELIZACIÓN

Santo Tomás no se cerró en el Retiro, olvidando el bien de sus hermanos y el corazón de la vocación franciscana, que es apostólico. Fue llamado con razón el apóstol del “Sublance”, habiendo recorrido

comarcas y ciudades en el anuncio incansable del Evangelio, en la administración de los sacramentos y en el surgir de milagros a su paso, signo de la presencia y cercanía del Reino. Su predicación era clara y simple, persuasiva y fuerte. Conmovía los corazones de aquellos que acudían a escucharlo y se veían impulsados a reconciliarse con Dios y a vivir la fe intensamente.

“TOMÁS DE CORI FUE IMAGEN VIVA DEL BUEN PASTOR. COMO GUÍA AMOROSO, SUPO CONDUCIR A LOS HERMANOS ENCOMENDADOS A SU CUIDADO HACIA LAS VERDES PRADERAS DE LA FE, ANIMANDO SIEMPRE POR EL IDEAL FRANCISCANO. QUE SU INTERCESIÓN NOS AYUDE TAMBIÉN A NOSOTROS A RECORRER ESTE CAMINO DE PERFECCIÓN ESPIRITUAL”.

(SAN JUAN PABLO II EN LA HOMILÍA DE CANONIZACIÓN DEL SANTO)

EXQUISITA CARIDAD

Santo Tomás de Cori fue para sus hermanos padre amabilísimo. Ante las resistencias de algunos hermanos en su deseo de reforma y de radicalidad, en vivir el ideal franciscano, el Santo supo responder con paciencia y humildad, encontrándose incluso solo para atender el convento. Había comprendido muy bien que toda autén-

tica reforma inicia por uno mismo. El notable epistolario que nos ha llegado, demuestra la atención de Tomás a las más pequeñas expectativas y necesidades de sus hermanos y de tantos amigos, penitentes y frailes que se dirigían a él para recibir un consejo. En el convento, demostró su espíritu de caridad en la disponibilidad a cualquier necesidad.

Santo Tomás de Cori fue para sus hermanos un padre lleno de amabilidad. A quienes se opusieron a la reforma de su monasterio, los trató siempre con paciencia y humildad. Al final, pudo ganar sus corazones para la causa de la renovación.

Él murió apaciblemente, mientras dormía, la noche posterior a una de sus largas jornadas en el confesionario. Fue el 11 de enero de 1729. El Papa San Juan Pablo II lo canonizó el 21 de noviembre de 1999, dejando a Santo Tomás como ejemplo de vida para esta época agitada, donde “no hay tiempo para Dios”.

Hoy el santo de Cori nos recuerda la importancia de la oración y, de manera especial, la necesidad de contemplar a Cristo presente en la Eucaristía. Los cristianos ayudaremos a que el mundo sea un lugar mejor cuando seamos capaces de volver auténticamente a lo esencial: el trato real, frente a frente, con Dios vivo.



El triunfo del Amor Eucarístico

EN UNA SINAGOGA JUDÍA

En una de las calles principales de la Judería o barrio judío de Segovia se encuentra una puerta simple con un aviso turístico que anuncia la entrada a la Antigua Sinagoga Mayor de Segovia, actual iglesia de *Corpus Christi*.

Hoy en día, en la Sinagoga Mayor de Segovia funciona un convento de la Orden de las Monjas Clarisas, quienes mantienen el edificio y se encargan de su administración. Aunque es la sinagoga que mejor se conserva de las cinco que existieron en la ciudad, poco queda de la estructura original. El edificio se incendió en 1899 y fue reconstruido posteriormente.

Corría el año de 1410. A primeros de septiembre, el sacristán de la iglesia de San Facundo se presentó en la casa de Don Mayr, médico y prestamista judío, a solicitarle un préstamo ya que se encontraba muy angustiado por una deuda que debía pagar al día siguiente. En caso de no pagar, gravaban sobre él serias amenazas.

D. Mayr, que hasta entonces se había negado, tuvo una idea que fue inspirada por el espíritu del mal. Le ofreció darle el dinero que necesita, y mucho más, a condición de que le entregara una Hostia consagrada. D. Mayr sabía que los católicos adoramos la Eucaristía por encontrarse allí Jesucristo con su Cuerpo, su Sangre, su Alma y su divinidad, de forma real, aunque misteriosa. El sacristán vaciló hacer lo que le pedía el prestamista, pero, acuciado por la necesidad, aceptó.

Esa misma noche, el sacristán, cuando se

quedó solo en la Iglesia, se acercó al Sagrario y, abriéndolo, extrajo una Sagrada Forma consagrada del copón. Luego se la llevó al presbitamista.

D. Mayr tomó la Hostia consagrada y se dirigió a la sinagoga Mayor e invitó a muchos correligionarios, diciéndoles que tenía algo importante que mostrarles. Cuando estuvieron reunidos, D. Mayr sacó la Sagrada Forma explicándoles cómo y de dónde la había conseguido y qué significaba para los católicos. Les pidió su parecer acerca de qué debían hacer con ella.

El demonio, que nunca descansa, se metió en los corazones de estos hombres para inventar un nuevo ultraje a Nuestro Señor Sacramentado y les inspiró que debían arrojarla en un caldero con agua hirviendo. Y así prendieron fuego y, cuando empezó a hervir el agua, D. Mayr la arrojó a la caldera mientras los hombres proferían blasfemias e insultos contra Nuestro Señor Sacramentado. Pero la Sagrada Forma no llegó a rozar el agua. Poco a poco fue elevándose por el aire, como impulsada por una fuerza sobrenatural, y atravesando toda la sinagoga, descendió suavemente en el rincón más alejado donde brillaba como una estrella. Al tiempo se oyó un gran trueno y estallido que hizo temblar la sinagoga, todos los postes y arcos se abrieron (y aún hoy siguen así). Los hombres presentes temieron que la sinagoga se derrumbara.

Entonces, viendo la grandeza del milagro, los atemorizados judíos determinaron tomar un paño limpio y, envuelta en él la Sacratísima Hostia, la llevaron con mucho respeto al monasterio de la Santa Cruz de la Orden de Predicadores. Contaron al Prior todo lo que había acaecido y le dieron el Cuerpo de nuestro Salvador.

El prior convocó a sus frailes y llevaron la milagrosa Hostia en procesión al altar mayor de la Iglesia con toda so-

lemnidad. Luego, con acuerdo de todos, la dieron como viático a un fervoroso novicio enfermo que murió tres días después.

Al saberlo el Obispo, celebró una solemne ceremonia en que, junto a todo su clero y los fieles, fueron en procesión al lugar donde acaeció el milagro y consagró la sinagoga como iglesia. Hoy se conoce con el nombre de *Corpus Christi*.

Desde entonces, en desagravio al sacrilegio y para honrar el Santísimo Sacramento, la ciudad de Segovia celebra todos los años la fiesta de “La Catorcena” el primer fin de semana de septiembre, debiendo este nombre a las catorce parroquias que entonces había en la ciudad. Cada año le corresponde a una de ellas realizar los actos litúrgicos presididos por el Obispo y una gran procesión, desde la iglesia correspondiente hasta la iglesia de *Corpus Christi*.



Iglesia de Corpus Christi (Segovia, España)





*«La Eucaristía nos da una gran inclinación hacia la virtud,
una gran paz y facilita el camino de la santificación».*
(San Juan Crisóstomo)

Reinado de María

www.reinadodemaria.org

Síguenos en:

 NSEradio

 www.nseradio.com

 www.nsetv.com



nstvradio
ejercito blanco



@nseradio
@nsetv



nseradio
nsetv